

Crónica de una experiencia

Chronicle of an experience

Pedro Benítez¹

Pronto se van a cumplir 40 años de la ocupación de las Islas Malvinas por parte del ejército argentino. Una ocupación que se transformó en locura y muerte por la atrocidad de una guerra. Una guerra que golpeó muy fuerte a mi generación, jóvenes que en plena adolescencia nos encontramos con otro horror, el golpe militar del '76, que nos lavó el bocho, que nos quitó el derecho a ser libres, e instaló el miedo. Época en la que el grito de tu vieja “nene, llevá el documento” se hizo más fuerte que el del... “nene, llevá pañuelo”; cuando un mundial de fútbol nos tapó los ojos, ocultando lo que realmente estaba pasando en el país y se apelaba a victimizarnos bajo el lema de “los argentinos somos derechos y humanos”, como respuesta única a los reclamos de aparición con vida del momento.

Como una estrategia más de adoctrinamiento, la dictadura adelantó la edad del servicio militar que pasó de los 21 a los 18 años, es decir que en el transcurso del último año del secundario, si eras varón te sorteaban para ir a un cuartel durante alrededor de un año y aprender en palabras del régimen “a respetar a Dios, la Patria y el Hogar” y según decían “enorgullecer a los padres”, “subordinación y valor para servir a la patria”... Así fue que a mis 18 años hice el Servicio Militar obligatorio. Previamente había

¹ Pedro Benítez es egresado de la carrera de Actuación de la Escuela Municipal de Arte Dramático de la ciudad de Mar del Plata. Ha participado como actor en numerosos espectáculos locales, entre los que se cuentan *Visita; Claudio y Calígula; Simón, la huella del tiempo; Sacco y Vanzetti; Historia de un soldado; Ritos del alma; Rinocerontes; Macbeth; Trescientos millones*. Es parte del elenco del Teatro de la Universidad Nacional de Mar del Plata, dirigido por Antonio Mónaco. Ha protagonizado el unipersonal *Gurka, un frío como el agua seco*, de Vicente Zito Lema, reestrenado recientemente a propósito de la conmemoración por los 40 años de la Guerra de Malvinas, de la que participó en calidad de conscripto. También trabajó como director de piezas tales como *Don Fausto; El vestidor; Moreira, la sombra de un hombre*, entre otras. Obtuvo numerosos premios, entre los que se cuentan Estrella de Mar, Pepino el 88, Teatro del Mundo, Enrique Carreras, que reconocen su excelencia en la labor actoral así como también su despliegue como director y su trayectoria. Mail de contacto: benitezpedroraul@gmail.com

comenzado a cursar la EMAD (Escuela Municipal de Arte Dramático) donde me encontré con personas que me hablaron mucho, allí se abrió un mundo nuevo para mí, en contacto con lo artístico y lo político. Palabras desconocidas como, por ejemplo, “ideología”, “militancia”, o el peligro de la participación política. Comenzó mi transformación, al escuchar de mis compañeros lo que estaba pasando en nuestro país. No terminaba de entender cómo mis amigos del barrio, mi propia familia, no supiéramos lo que se estaba viviendo. Entender el miedo como mecanismo de dominación, los propósitos de la Dictadura militar instaurada y su política de terrorismo de estado fue algo que llevó mucho tiempo.

En ese momento, días antes de ir al servicio militar, tuve la despedida con los compañeros de Teatro que me llamaban Benja (Benjamín) por ser el más chico. Fue una charla de muchos consejos. Lo primero que me dijeron fue: “Benja, no digas que hacés teatro porque te pueden preguntar a quién conocés y por ahí no la vas a pasar bien... decí que jugas al fútbol mejor”. La charla derivó en contarme que había gente desapareciendo, que muchos de ellos militantes de partidos políticos habían estado secuestrados y estaban siendo vigilados, etc., etc., etc. Con toda esta información y sensaciones encontradas me fui a la colimba más confundido y atemorizado que nunca.

Me presenté en Tandil y en vez de trasladarme a algún regimiento del Distrito me mandaron a La Plata, hice la Instrucción en el BCOM 601 e inicié el Servicio. No podíamos salir a más de 60 km del cuartel, por ende, no podía venir a Mar del Plata; eso no implicaba que cuando extrañábamos mucho y no teníamos que cubrir ninguna guardia Viernes, Sábado y Domingo nos escapábamos para el Cruce Echeverry de la Ruta 2, para hacer dedo y volver “a casa” aunque sea por unas horas. A finales de ese año 1981, después de pasar 10 meses allí, salí de baja. Pero todo no terminaría ahí para nuestra generación.

Ya organizando el año 1982 y mi futuro retorno a la EMAD, pasé el verano trabajando de técnico en el Teatro Colón. Esa temporada se presentaron la Compañía de Sergio Renán y el Ballet estable del Teatro Colón de Buenos Aires con Liliana Belfiore. De ambos aprendí mucho. El teatro se presentaba como un camino a seguir, sentía que era “lo mío”. En marzo convocaron a una reunión en la EMAD para presentarnos al nuevo cuerpo directivo con Antonio Mónaco a la cabeza. Comenzaron las clases y la felicidad que teníamos nos llevó a compartir las jornadas de estudio y las salidas después de clases reunidos hasta tarde contando nuestra nueva experiencia.

Una mañana, al poco tiempo de empezar las clases, mi mamá me despierta a los gritos, eufórica, diciendo que las Malvinas son argentinas. No entendía nada. Lo primero que pensé fue “bueno, al fin los británicos las entregaron”. Siempre se hablaba de soberanía en la colimba, sobre todo, con lo que había pasado con el Beagle hacía un par de años. Se decía que “el soldado tenía que estar preparado para defender a la patria”, en cada instrucción nos decían lo mismo. Hice muchas instrucciones específicas durante esos diez meses. Con el tiempo me di cuenta que la razón de esas prácticas era lo que estaba por venir.

Cuando me enteré de la recuperación de las islas por parte del ejército argentino, dije para mí mismo “tu alegría, querida vieja, creo que va a durar poco”. Así fue. A los pocos días fuimos reincorporados. A la distancia recuerdo mi sensación al respecto. Me sentía eufórico y decidido a que pasara lo que tenía que pasar. Estaba dispuesto a ir, a pelear si era necesario, a estar con mis compañeros. Ir a la guerra me proporcionaba una mezcla de miedo y de coraje.

Mi reincorporación fue tardía. El Regimiento de La Plata en el que hice el Servicio fue rápidamente movilizado a las Islas y los que llegamos de otras ciudades quedamos esperando. Era muy fuerte la ansiedad generada. Todos los compañeros allá y yo...

esperando. Finalmente, me trasladaron a Puerto San Julián donde estuve 32 días con soldados que tenían 20 días de instrucción. Sí, solo 20 días, ya que eran de la clase 63 y recién se incorporaban.

En este destino continental pasamos por todos los estados de ánimo, ansiedad por querer subir al gomón que te acercaba al barco para trasladarte a las Islas, ir a entrar en combate, angustia de enfrentarte a la muerte, valor y miedo jugando la pulseada. Las noticias que nos llegaban no eran las más alentadoras, escuché a un subteniente decir: “nos están pasando por arriba”. Me empecé a preguntar, ¿estoy preparado para matar? Teníamos más miedo de matar de que nos maten, estábamos allí entregados a lo que fuera, sin posibilidad de hacer nada...

Difícil tomar conciencia de que no se trataba de una película, que el frío se nos colaba en el cuerpo, que las armas no funcionaban bien, mientras los aviones pasaban literalmente sobre nuestras cabezas yendo a bombardear las Islas. Chile les había habilitado el espacio aéreo y los famosos Se Harris se veían.

Todo era tan desolador y las actitudes de los oficiales no ayudaban. Nos hacían gritar y no sabía por qué, nos bailaban y no sabía por qué. Nos mandaban al pozo de zorro lleno de agua y no entendía por qué. Mi fusil en un momento de instrucción se trabó, no anduvo más. No había otro. ¿Y si tenía ahora que ir al combate? Cumplí 20 años sin darme cuenta, teniendo frío, teniendo hambre, teniendo sed, y haciendo mis necesidades en una letrina al aire libre.

Ya no quería subir al bote. Me sentía mal por pensar así, porque a mis compañeros los estaban matando... Un día, lleno de bronca, asustado, le grité al cabo primero: “Basta, quiero cruzar”. Me miró más asustado que yo y me dijo: “Ya está soldado, ya no podemos cruzar .Ya está, nos rendimos, desarmen el vivac, nos trasladamos a la unidad de origen”... Sus palabras resonaron, fue un balde de agua fría en mi cabeza. Una piña al

mentón fue ese comunicado N°166; pensaba en el narigón... en el petizo, en el negro, compañeros que estaban allá... me preguntaba qué paso con ellos. Pensaba en mí, que por una circunstancia del destino, por pertenecer a otro Distrito, llegué más tarde y no pude estar con ellos.

No puedo explicar lo inexplicable, pero sentir ese dolor fue tremendo. Juntamos las cosas, subimos a los camiones y emprendimos la marcha, la vuelta. Recuerdo que no hablaba... fumaba, solo fumaba. Sentía culpa como tantos otros soldados por no haber estado en el centro de operaciones de Puerto Argentino. Ese sentimiento me acompañó durante mucho tiempo.

Cuando llegué a La Plata no hubo gran recibimiento, solo familiares que buscaban a sus hijos se agolparon en el cuartel, abrazos, llantos, insultos de padres que no sabían dónde estaban sus hijos. El regreso fue entre “gallos y medianoche”, no había noticias, ni una nómina de caídos precisa. Algunos figuraban que estaban en las Islas y no era así; estaban en San Julián, mucha confusión. Fueron 650 los caídos, casi 1700 heridos y 12000 prisioneros. Sabía que no me esperaba nadie, mis padres ignoraban el regreso. Solo quería irme, correr, volver a Mar del Plata. Circuló la información que compañeros prisioneros estaban llegando a Uruguay pero no los esperé. Ya tenía la libreta (pase de salida) y quería que mamá me abrazara. Tome el tren de las 21hs, carreta. Paró en todas las estaciones y llegué a las 7 de la mañana. No me esperaban, ya que no había avisado de mi llegada. Papá fue el que me abrió la puerta, lloramos, lloré, lloré mucho abrazado con ellos; quería desahogarme.

Retomé mi trabajo y a los pocos días volví a la EMAD. Antonio me preguntó cómo estaba, nada más. Mis compañeros me recibieron sin hacer preguntas. Comencé las clases pero lamentablemente no me encontraba en condiciones de realizar un trabajo teatral. Me había volcado al cigarrillo y un poco al alcohol, mis participaciones en las

improvisaciones se hacían cada vez más crispadas y violentas, tanto es así que mi exacerbación provocó la primera crisis de angina tabacal en la escuela. Un desastre. Antonio me fue a visitar a casa y me aconsejó parar, ponerme bien, hacer terapia y cuando yo pensara que estaba preparado para volver, él me esperaría con los brazos abiertos. En realidad no había terapeutas preparados para nosotros, nos daban una pastilla a la mañana y otra a la tarde, vivíamos dopados. Dejé rápidamente esa terapia pastillera, elegí la alternativa de seguir matándome con el cigarrillo y la bebida. Tampoco voy a decir que andaba borracho todo el día porque no es cierto, pero no podía conciliar el sueño, el silencio de la noche literalmente no me dejaba dormir. Ponía la radio en frecuencia que hiciera ruido, algo parecido al del radio que tenía en la cueva (lugar donde dormíamos durante la estadía en San Julián). Era mi canción de cuna, así me podía dormir, pero sueño liviano. Escuchaba a mi vieja o a mi viejo que lo apagaba y chau, me despertaba y... de mal humor. Pobres, tuvieron que aguantar unas cuantas actitudes como esa, como dormir con el colchón en el suelo, despertarme gritando porque escuchaba un avión (vivo cerca del aeropuerto). Después de la segunda angina tabacal reaccioné, así no podía seguir. Si bien tenía contención y cariño, los viejos o mi hermano no sabían cómo ayudarme. Era yo el que me tenía que ayudar. Conseguí un trabajo de cartero en el Correo Argentino. Eso me ayudó un tiempo. Andaba todo el día en bicicleta y al aire libre, usaba uniforme, el inconsciente me estaba jugando una mala pasada ahí el viejo fue el que intervino, se dio cuenta y me consiguió otro trabajo de repositor en una embotelladora multinacional, me compró un auto ya que era necesario para ese trabajo y ahí fui de supermercado en supermercado, comencé a salir nuevamente con amigos y amigas, a jugar al fútbol.

En una oportunidad encontré a unos compañeros de la EMAD y me contaron que estaban organizando el Primer Encuentro Nacional de estudiantes de teatro; me invitaron a colaborar y lo hice con mucho entusiasmo y sentido de responsabilidad. Fue en

Durante el encuentro, Antonio Mónaco había ido a dar una charla en su carácter de Director de la Escuela de formación actoral y, a los pocos días, me llamó para preguntarme si estaría interesado en reincorporarme a las clases de interpretación con los alumnos de segundo año y, si todo estaba bien, el próximo año electivo terminar la carrera.

Así fue el reencuentro con el teatro, al que no solté más. Retomar la carrera dio nuevo sentido a la vida. Desde ese lugar fue la mejor terapia. Al poco tiempo dejé el cigarrillo y la bebida, pude relajarme. No me olvidé, pero sí amigarme con los recuerdos y poder vivir con ellos sin hacerme daño.

En el año 2003, en un viaje que hicimos con Cecilia a Buenos Aires, vimos que estaban acampando en Plaza de Mayo los Ex Combatientes.² Reclamaban un ajuste en su jubilación o pensión y que la obra social PAMI les reconociera más prestación. Pero se respiraba un reclamo mayor: ser más aceptados por la sociedad, visibilizar su problemática, oculta tras el proceso de desmalvinización de los años posteriores a la guerra, luego de un regreso en medio de un silencio vergonzante, epílogo de la dictadura y también prólogo para el inicio del proceso democrático. Las complejas consideraciones de la sociedad en relación a los excombatientes, los héroes, las víctimas. Ni hablar en ese momento con su presencia en la Plaza recordando algo que muchos seguían queriendo ocultar.

En medio de ese contexto sentía que toda mi historia me interpelaba para expresar lo que Malvinas significaba para mí. Y tenía que hacerlo desde el arte, desde el teatro. Cecilia recordó *Gurka...un frío como el agua seco*, de Vicente Zito Lema, obra que habíamos visto hacía un tiempo por el Grupo La Granada, dirigido por Jorge García e

² Cecilia Martin, reconocida docente y actriz de la ciudad de Mar del Plata, compañera de Pedro Benítez y madre de su hijo.

interpretada por mi amigo Roque Basualdo. Conseguimos el texto y ahí estaba todo, encontré el material justo para abrir el debate. Corría el año 2004. Un gran desafío actoral, un texto complejo, crudo, desgarrador. Le propuse a Víctor Iturralde que me acompañara en la dirección y comenzamos a trabajar.

Tenía claro que sería altamente movilizador el trabajo, el riesgo de revivir episodios traumáticos, de meterme en zonas inconscientes, de quedar otra vez en carne viva a sabiendas de que mi trabajo como actor debía distanciarme. No iba a contar mi historia como sería hoy en una propuesta de biodrama. Miraría como Miguel, el personaje de Zito Lema, donde el núcleo temático de Malvinas se cruzaba con otro nudo problemático sensible y olvidado, la salud mental. En este aspecto la mirada atenta de Víctor fue clave. En el proceso de trabajo, sobre todo al inicio, no íbamos a poder evitar la catarsis, entonces, sería bienvenida, a sabiendas de que teníamos que atravesarla y dejarla a un costado en cuanto se pudiera.

Víctor planificó el trabajo para contar la obra completa corporalmente, una partitura de acciones, un trabajo agotador, pero exquisito a la vez. Más adelante con el texto incorporado florecieron los sentimientos y las emociones sin catarsis, sin angustias personales, pudiendo convivir con mi pasado sanamente. La puesta no transita los carriles de la mimesis realista, al contrario, se aventura en las profundidades poéticas en busca de metáfora en un trabajo de mucha potencia física y visual.

Malvinas siempre es sinónimo de reivindicación de justicia, de denuncia de memoria, por eso sigo con la obra. Por eso se hizo con un solo espectador.

En Malvinas hubo chicos con un coraje enorme de hombres. Ya no se conforman con una palmadita en la espalda, esa misma que nos dieron cuando llegamos. Históricamente esos chicos se organizaron y pelearon por los derechos que hoy se les reconocen.

Hoy estamos pidiendo que se reconozca al Soldado Continental, no tenemos pensión alguna, también estamos solicitando que nos otorguen el derecho a jubilarnos a los 60 años con un mínimo de 10 años de aporte. Hasta ahora no se tuvieron respuestas. Sabemos de la dificultad ante la falta de un registro fehaciente de los soldados que estuvimos movilizados. Los registros más detallados son de los combatientes del centro de operaciones de Puerto Argentino.

Sepan que Malvinas está todos los días en nosotros, que es una herida que convive en nosotros. Sepan y comprendan que esa herida lleva cicatriz que tira, pica y estará allí siempre porque nos constituye como lo que somos.

Pedro Benítez
Teatrista